

VIOLENCIA EN LA CULTURA

RIESGOS Y ESTRATEGIAS DE INTERVENCIÓN

Ps. ORIANA VILCHES ALVAREZ
EDITORA

5

© Sociedad Chilena de Psicología Clínica, 2000
Inscripción Nº 113.366
ISBN 956-7165-009

Prohibida su reproducción
sin previa autorización de su editor

texto compuesto en tipografía Times 10/12

Se terminó de imprimir esta primera edición
en *Gráfica Runmy S.A.* (tel. 222 4424)
en el mes de junio de 2000

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

SOCIEDAD CHILENA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

lo habría hecho", y el padre puede entrar más fácilmente y decir "no, no lo habría hecho" y entonces se organiza inmediatamente un movimiento de cambio y de eventual seguimiento y reparación. Le diría que tiene que reparar y que tiene tiempo de reparar todavía.

Pero la intervención que haría con esta niña es decirle que ella fue la más fuerte de todos, porque fue la que tuvo que soportar el dolor, la que tuvo que soportar los golpes, que tuvo que soportar el miedo y que tuvo que seguir viviendo con las humillaciones delante de todo el mundo, y para haber vivido esto se necesita una gran fuerza interna y esto es para sacarla de la percepción de ser una miserable persona.

Otra de las cosas es una de las preguntas que ustedes se habían formulado y yo trabajaría mucho, es cómo diablos hicieron para evitar castigar a la niña estos últimos días, esta última semana, en vez de naturalmente decir que esto no va a durar.

También trabajaría en cómo diablos hizo este hombre para no pegarle más a su mujer desde hace dos años. En fin, trabajaría más sobre los aspectos positivos.

Finalmente, personalmente tengo una posición en la que desestimo y evito todo trabajo con respecto a la infancia y a la experiencia de haber sido abusado de este hombre y de esta mujer. Porque los abusadores y los golpeadores utilizan una estrategia privilegiada, que es que cuando están en el momento de ser juzgados o tratados por la responsabilidad de sus actos, inmediatamente alegan haber sido abusados o haber ellos también sufrido. Entonces toda la intervención queda híbrida por que empezamos a entender al mismo tiempo lo que les pasa y nunca se logra llevarlos a la posición de tomar todas las responsabilidades. Entonces cuando alguien alega que sufrió, yo diría "sí, sí, bueno, de eso vamos a hablar después, porque ahora quiero que podamos determinar claramente hasta qué punto fue responsable o hasta qué punto tuvo que ver con lo que pasó y cuáles fueron los riesgos que provocó". A las personas que dicen que han sido abusadas puedo decirles también que justamente porque habían sido abusadas eran las personas que mejor conocían cómo había que proteger al niño, porque si no entramos inmediatamente en la problemática del adulto.

MESA REDONDA

Factores psicosociales de la violencia

Ps. Silvia Ubillos, Ps. Jorge Gissi y Ps. Héctor Betancourt

Moderador: Ps. Jorge Luzoro

Ps. Luzoro: Voy a ofrecer primero la palabra a la doctora Ubillos para en un tiempo aproximado de alrededor de 10 a 15 minutos hacer comentarios; luego al doctor Gissi y enseguida al doctor Betancourt.

Ps. Silvia Ubillos Landa

1. INTRODUCCIÓN

Aunque la agresión se refiere a una gran variedad de comportamientos, de los cuales algunos son considerados *socialmente desechables* y otros *socialmente indeseables*, los psicólogos usan generalmente el término de agresión para referirse a comportamientos socialmente inaceptables.

De hecho, se entiende por agresión la intención de perjudicar/hacer mal a otra persona (Green, 1990). En general, nosotros trazamos una fina distinción entre comportamientos dirigidos a perjudicar y aquellos que no tienen la intención de hacer daño (Baron, 1977). El énfasis está en la *intencionalidad*, debido a que no es poco común en los comportamientos competitivos que una persona haga daño a otra sin querer.

A pesar de que la *violencia no provocada* puede ser una posibilidad muy real para la mayoría de nosotros en algún momento de nuestras vidas, la probabilidad actual de ser una víctima de este tipo de violencia es relativamente baja. La mayoría de la *violencia* puede ser clasificada como *provocada*. A través de palabras o acciones, una persona provoca a otra a comportarse agresivamente.

Por otra parte, la situación actual de violencia que se vive en muchas zonas del mundo confirma que la agresividad intencional es una forma de comportamiento social que se produce muy frecuentemente (Huesmann, 1994).

La alta frecuencia de la violencia y sus consecuencias tan desastrosas han llevado a que la Psicología Social se interese por conocer cuidadosamente este problema. De los múltiples aspectos de este problema nosotros nos vamos a centrar básicamente en las causas psicosociales de la agresividad humana, ya que su exhaustivo conocimiento nos puede ayudar a la hora de diseñar intervenciones preventivas. Este capítulo constituye una síntesis de todas las teorías que tratan de explicar las causas de la agresividad, así como de los determinantes sociales que de una manera u otra influyen en las conductas agresivas, y de una serie de causas personales que pueden dar lugar a comportamientos agresivos.

2. PERSPECTIVAS TEÓRICAS SOBRE LA AGRESIVIDAD: EN BUSCA DE LAS RAÍCES DE LA VIOLENCIA

2.1 Teorías del Instinto

Esta teoría alejada de concepciones psicosociales presupone que la gente agrede porque forma parte de su condición humana como una tendencia innata.

Uno de los representantes de esta teoría es Sigmund Freud que sostuvo que la agresividad provenía de un poderoso *deseo de muerte* o instinto (*thánatos*) que poseían todas las personas; inicialmente este instinto apunta a la autodestrucción pero pronto se desvía hacia fuera, hacia los demás. Freud creía que los impulsos hostiles que generaban este instinto incrementaban con el tiempo, y que si no se liberaban, alcanzaban altos niveles que podían generar peligrosos actos de violencia.

Otro autor de esta corriente fue Koranz Lorenz (1966, 1974) que apuntó que la agresividad nace, principalmente, de un *instinto de lucha* heredado que los seres humanos comparten con otras muchas especies. Por otra parte, los sociobiólogos argumentan que, debido a que la agresividad ayuda a los machos de muchas especies a conseguir una pareja, los principios de la selección natural favorecen niveles crecientes de agresividad, al menos entre machos.

En general, los psicólogos sociales dudan de esta teoría por dos razones. Primeramente, los críticos apuntan que los defensores de las teorías del instinto utilizan razonamientos circulares. En segundo lugar, diversos descubrimientos aportan razones en contra de la existencia de tendencias humanas innatas a la agresividad. Las enormes diferencias en cuanto a la incidencia de

la agresividad sugieren que este comportamiento está muy influenciado por factores sociales y culturales, y aunque en parte se deba a tendencias innatas, las condiciones sociales son mucho más determinantes.

2.2 Teorías biológicas

Sin embargo, cada vez se ha producido un reconocimiento creciente por parte de los psicólogos sociales de la importancia de los *factores biológicos* en muchas formas del comportamiento social. Un creciente conjunto de datos lleva a concluir que los factores biológicos predisponen a algunos individuos a actuar agresivamente: investigaciones de Marazziti *et al.* (1993), de Van Goozen, Frijda & de Poll (1994) y de Patrick, Bradley & Lang (1993).

Ninguna de las evidencias aportadas por las diferentes investigaciones indica que las tendencias agresivas sean heredadas de forma directa o que los factores biológicos sean los principales determinantes de la agresividad humana. Al contrario, algunas pruebas indican que los procesos biológicos ejercen sus efectos contra un rico telón de fondo de factores sociales y cognitivos.

2.3 Teorías del impulso

Las Teorías del impulso de la agresividad (Berkowitz, 1969; Berkowitz, 1989; Feshbach, 1984) proponen que las condiciones externas como la *frustración* (cualquier interferencia en comportamientos dirigidos a la obtención de un fin) suscita un fuerte motivo para dañar a los demás. Este empuje agresivo, a su vez, conduce a actos manifiestos de agresividad. Estas teorías consideran que tienen más importancia las condiciones externas que las tendencias innatas.

De todas estas teorías la más conocida es **Hipótesis de la frustración-agresión** propuesta en vísperas de la Segunda Guerra Mundial (Dollard *et al.*, 1939): por algún tiempo la frustración ha sido considerada como una de las principales causas de la agresión. Según ésta, la frustración despierta un impulso cuyo primer objetivo es dañar a una persona o a un objeto percibido como causa de la frustración (Berkowitz, 1969, 1989).

Esta teoría presupone que (1) la frustración *siempre* lleva a alguna forma de agresividad, y (2) la agresividad *siempre* nace de la frustración. Sin embargo, se ha observado que: (1) Las personas frustradas no siempre responden con pensamientos, palabras o hechos agresivos. Al contrario, muestran diferentes reacciones que van desde la desesperación y la depresión por un lado, hasta los intentos directos de traspasar su fuente de frustración a los demás. (2) Queda igualmente claro que no toda la agresividad proviene de las frustraciones.

Hay una serie de condiciones que limitan (Robert A. Baron, 1977): La frustración es probable que produzca agresión sólo cuando es (1) "bastante intensa" y (2) "cuando es inesperada o arbitraria".

Por tanto, la expectativa cumple un papel muy importante en la frustración. El estudio de Worchel ilustra cómo los factores cognitivos afectan la expresión de la agresión. Específicamente, hasta el punto en que cuando nosotros aprendemos a no esperar ciertas consecuencias, no nos frustramos. Existen probablemente muchos acontecimientos frustrantes potencialmente que, como resultado de nuestra experiencia diaria, fracasan para elicitar sentimientos de frustración y consecuentemente la tendencia hacia la agresión.

Berkowitz (1969, 1989) considera que la frustración es una experiencia desagradable y aversiva, y por ello conduce a la agresividad, o sea, la frustración genera inclinaciones agresivas hasta el punto que esto activa el **afecto negativo**; por tanto, la frustración a veces produce agresividad debido a una relación básica entre afectos negativos y comportamientos agresivos, relación que se ha confirmado en diversos estudios (Da Gloria Pahlavan, Duda & Bonnet, 1994). Una de las razones por las que muchas situaciones fracasan para activar el afecto negativo es debido a que varios procesos de pensamientos están actuando. Cuando las personas perciben, por ejemplo, que ellas han sido bloqueadas deliberada o accidentalmente, reaccionan de forma bastante diferente. Si ellas perciben que han sido deliberadamente bloqueadas por alguien para alcanzar sus metas, tienen más probabilidades de reaccionar con enojo y agresión.

Estas sugerencias nos pueden ayudar a explicar por qué la frustración inesperada o ilegítima provoca mayor agresividad que la frustración esperada o legítima. Esto es así porque la frustración inesperada o ilegítima genera más afectos negativos que la esperada o legítima.

No obstante, aunque la **frustración** puede ser una causa potencial de la agresividad, **no es el único factor que determina este comportamiento** y no juega un papel tan crucial.

2.4 Teorías del Aprendizaje Social

Según esta teoría, el entorno juega un papel importante en la adquisición, expresión y mantenimiento del comportamiento agresivo (Bandura, 1973); hace hincapié en la idea de que la agresividad en buena parte se aprende (Bandura, 1973, 1986; Baron & Richardson, 1994).

Los seres humanos, a través de la experiencia directa (imitación) u observando a los demás, van adquiriendo una serie de respuestas agresivas a su

disposición del mismo modo que adquirieren otras formas de comportamiento social. A través de estos mecanismos también aprenden: (1) qué personas o grupos son objetivos apropiados para la agresividad, (2) qué acciones justifican o requieren represalias agresivas, y (3) en qué situaciones y contextos es apropiada o inapropiada la agresividad.

Por tanto, la observación e imitación son una de las principales formas por las que los niños aprenden la agresión. De hecho, se conoce que el abuso y la violencia, física y sexual, pueden ser a menudo transmitidas de generación en generación. Este problema es el que se ha denominado "**ciclo de violencia**". El consenso entre expertos en este campo es que, al menos que el modelo sea roto, continuará sucediendo a través de las generaciones. No se conoce por qué este ciclo de violencia tiende a romperse en algunos casos y no en otros. Aunque el aprendizaje puede jugar un rol importante, puede ser que el individuo posea un cierto temperamento biológico antes de que tal aprendizaje tenga lugar.

Por otra parte, se ha demostrado que la extensa variación en la expresión de la agresión está a menudo asociada a la cultura. Se considera que la tendencia a actuar agresivamente es simplemente una característica de los humanos. De acuerdo a esta posición, los seres humanos deben aprender a inhibir sus naturales tendencias agresivas a través de mecanismos de inhibición. Según la teoría del aprendizaje social, *aprendemos a inhibir aquellos comportamientos que resultan en castigo*. En nuestra sociedad hay un **gran número de normas** que indican qué actos agresivos son aceptables (por ejemplo, agresión física versus verbal).

Por tanto, la perspectiva del aprendizaje social sugiere que el hecho de que una persona actúe de modo agresivo en una situación determinada depende de diversos factores, como la experiencia personal, la consolidación (recompensa) asociada con la agresividad, y muchas variables que determinan las percepciones y pensamientos del individuo con respecto a lo apropiado y los potenciales efectos de dicho comportamiento.

2.5 Teorías cognitivas de la agresividad

Las teorías modernas de la agresividad consideran que los **factores cognitivos** juegan un papel crucial a la hora de determinar la reacción de las personas (Anderson *et al.*, 1995; Berkowitz, 1969, 1989; Huesmann, 1988, 1994). Es decir, el proceso cognitivo juega un papel muy relevante en los comportamientos agresivos: cómo nosotros interpretamos un evento, si tenemos o no los medios para vengarnos efectivamente, la evaluación de las consecuencias de

nuestros actos puede influir en nuestra decisión de vengarnos (vengarse, inhibir la agresión o usar una manera de venganza más aceptable socialmente).

Dentro de los factores cognitivos destacaremos los siguientes:

1) *Guiones* - "programas" cognitivos: Para los acontecimientos que se supone que ocurrirán en una situación determinada.

2) *La interpretación o valoración de la situación o valoración de por qué*: Esta valoración inicial puede venir seguida de otra reevaluación en la que con más tiempo se considere la situación y valore los factores en función de qué ocurriría si actuases de otra manera.

3) *El estado de ánimo*: Las experiencias desagradables producen efectos negativos. Como ya hemos señalado, Berkowitz (1969, 1994) indica que el dolor que sufres te puede llevar tanto a tendencias inmediatas de represalia o de retirada, como a pensamientos y recuerdos de otras experiencias dolorosas o desagradables, que, a su vez, puede desencadenar en una reacción agresiva. Berkowitz (1990) sugiere que *las personas aprenden a asociar un gran número de sentimientos negativos con el enojo y la agresión* y, como resultado, siempre que experimentan tales sentimientos negativos se enojan y pueden ser agresivos; sugiere que el afecto negativo activa ideas, memorias, y acciones asociadas con el enojo y la agresión, y como consecuencia, cuando nosotros comenzamos a experimentar tales sentimientos negativos nos preparamos para experimentar la emoción del enojo e involucramos en una variedad de actos agresivos.

Berkowitz, desde una aproximación cognitiva-neoasociacionista, argumenta que la mayoría de las personas tiene una idea rudimentaria (prototipo) de las emociones primarias y qué factores están involucrados en esas emociones (sensaciones, pensamientos, memorias, etc.). Como consecuencia, hay una limitación en el grado en el que las emociones negativas pueden asociarse al enojo y la agresión. De acuerdo a esta teoría, el que mejor ha aprendido a diferenciar las emociones (los prototipos más claramente definidos) menos generalizará.

La Teoría de Berkowitz está en su habilidad para dar cuenta: 1° De por qué ciertas emociones negativas pueden elicitar enojo y agresión, si bien, desde una perspectiva biológica, no sería adaptativo responder a emociones como el dolor con enojo y agresión. 2° De por qué las personas que han aprendido a diferenciar sus emociones no muestran esta tendencia "mal adaptativa" a responder a todo afecto negativo con enojo y agresión.

En definitiva, el comportamiento agresivo surge de una compleja interacción entre estados de ánimo y experiencias, los pensamientos y recuerdos que éstas provocan, y nuestras valoraciones cognitivas de la situación.

2.6 Teoría de la Atribución

Modelo de Ferguson y Rule

Según este modelo, las personas están inclinadas a hacer tres atribuciones separadas antes de que ellas se venguen (Ferguson & Rule, 1983): *Intención de perjudicar, previsibilidad del perjuicio y motivo del perjuicio*. Si no había perjuicio, si el individuo no podría prever que habría perjuicio, o si no había motivo para el perjuicio, entonces la venganza no es probable.

Con respecto a la *intención de perjudicar*, lo primero que una persona debe establecer es si ha habido o no perjuicio. Si no lo ha habido, entonces la justificación para la venganza no existe o es baja incluso si hay sospecha de intención. Si ha habido perjuicio ellos deben preguntarse si éste era intencional. El perjuicio sin intención es visto como un accidente. Sólo cuando hay perjuicio e intención de hacerlo tenemos claros motivos para la venganza. Sin embargo, en el mundo real existe una gran dificultad para decidir cuándo una persona se ha comportado agresivamente (ellos no sólo te perjudican sino que intentan perjudicarte). Estas decisiones suelen tomar en cuenta:

— *Las creencias sobre el carácter de la otra persona*. Si creemos que ellas son agresivas, tenemos más probabilidades de hacer una atribución de que el resultado fue un acto agresivo. Si no creemos que son agresivas, tenemos más probabilidad de descartar el incidente o esperar más evidencia para hacer una atribución.

— Adicionalmente, tenemos a veces más probabilidades de hacer una atribución de que era un acto agresivo debido a la *raza, la subcultura, o incluso el género*. La razón de estas diferentes atribuciones para los distintos subgrupos se basan en los estereotipos sobre la agresividad de los diversos grupos.

En relación a la *previsibilidad*, a menudo la gente no es totalmente consciente de hasta qué punto sus acciones pueden infligir perjuicio. En general, nosotros creemos que cuando las personas son totalmente conscientes de las posibles consecuencias de sus actos, ellas deberían ser más responsables que si no analizan las consecuencias.

El modelo de Ferguson y Rule sugiere que las personas tienden a ser cautelosas en sus decisiones para interpretar un acto como agresivo. Algunas personas ven el mundo con sospecha mientras otros lo ven como más benigno, y esto puede afectar la forma en que ellos eliqueten un acto.

El Modelo de la atribución de Weiner

De acuerdo a la formulación de Weiner (1985), el perjuicio y la intencionalidad no son suficientes para elicitarse el enojo y la agresión; también debe estar claro que la persona tenía el **control de sus acciones**; una persona que se involucra en un acto agresivo debido a que él estaba bajo el control de otra persona no sería juzgada tan responsable como alguien que tenía un control completo.

El Proceso de desindividuidad

Según Zimbardo (1969), la desindividuidad es el precursor normal de la agresión física; es un estado en el cual los controles internos son perdidos cuando "los individuos no son vistos o prestados atención como individuos" (Festinger, Pepitone, & Newcomb, 1952). Este fenómeno se caracteriza por: **baja autoconciencia y autoevaluación y una menor preocupación por cómo los otros le evalúan a uno**; cuando las personas no son muy conscientes de sí mismas, tienen más probabilidades de recurrir a formas de control físicas.

El anonimato puede conducir a un estado de desindividuidad, el cual de nuevo vuelve a incrementar la tendencia hacia la agresión física. Las personas que experimentan sentimientos de anonimato tienen más probabilidades de suministrar castigos severos que las personas que se ven como entidades distintas e identificables.

El estudio de Zimbardo muestra que cuando a los seres humanos se les concede la oportunidad de controlar el comportamiento de otras personas, ellas tienden a recurrir a formas muy básicas de control: actuarán agresivamente. Los sentimientos de anonimato pueden actuar como un desinhibidor del comportamiento; en este estudio, el pertenecer a un grupo denominado "guardas" y el llevar un uniforme simboliza que la identidad del grupo era suficiente para proveer este sentido de anonimato. Bajo esas condiciones, una persona no se siente obligada a comportarse de acuerdo a sus normas personales adquiridas en el proceso de socialización, más bien, tienden a recurrir a formas más primitivas de control.

2.7 Agresión: el punto de vista etológico

Por último, dentro de este capítulo en el que se recogen las principales teorías que tratan de explicar los determinantes de la agresividad, trataremos la etología, cuyo objeto de estudio es la base biológica de la conducta.

Para poder estudiar o abordar la gran diversidad de especies y comportamientos es necesario observar y describir lo más detalladamente posible la conducta de la especie que se está investigando, y sólo después de esta metódica recogida de datos se podrá intentar explicar y generalizar o comparar con otras especies.

Para explicar los fenómenos, los etólogos utilizan **4 niveles**: a) La evolución filogenética, el origen evolutivo y la transformación de la conducta o de la estructura física a lo largo de la evolución de la especie, para lo cual recurren al estudio comparado de especies emparentadas que estén en distintos estadios de evolución; b) El desarrollo ontogenético, los cambios que se producen a lo largo de la vida de un individuo; c) Las causas inmediatas; y d) La función, o las consecuencias últimas de mostrar una conducta o poseer una estructura física. Estos niveles de explicación son independientes entre sí pero no excluyentes; pueden utilizarse varios o todos para dar cuenta de un determinado fenómeno.

Del énfasis inicial en el individuo y su "lucha" por adaptarse al medio físico, característico de la etología clásica (cuyos máximos representantes son Konrad Lorenz y Niko Tinbergen), se ha pasado a un mayor interés por las estructuras y procesos grupales, considerando que la conducta de los individuos no sólo evoluciona en un medio físico sino también en un medio social, dando lugar a la etología social. Una **subdisciplina** de este tipo de etología es la **Primatología** que estudia la conducta de los primates (incluido el hombre).

Las críticas hacia la visión etológica de la agresión humana se pueden resumir en las siguientes:

- Muchos biólogos (sociobiólogos) han dado un excesivo énfasis a la competición. Esta visión competitiva proviene de la "lucha por la supervivencia" con la que Darwin representó simbólicamente la forma en que actúa la selección natural. La selección natural opera fundamentalmente mediante la competición indirecta, es decir, a través de la mala adaptación de determinados individuos a las condiciones ambientales.
- Cuando se habla de fenómenos como el apego, el sexo y la atracción o la cooperación, se acepta que existen elementos innatos en la conducta humana. Y no por ello se entiende que estas capacidades innatas sean inmunes a modificaciones culturales. Sin embargo, hay una tendencia a identificar agresión y violencia con patología social. No obstante, hay muchos casos en los que la agresión puede producir resultados prosociales.

Los **etólogos**, y en particular los **primatólogos**, consideran la agresión como una táctica más entre otras empleadas por los primates para obtener determinados fines sociales, es decir, tienen una **visión instrumental de la agresión**. Hay que recalcar que los primates recurren poco a esta táctica porque es demasiado costosa.

Los etólogos consideran que los seres humanos nacemos equipados con una serie de capacidades y limitaciones, pero éstas, por sí mismas, no son fijas ni están determinadas. Más bien son como directrices que necesitan una definición específica en un contexto cultural concreto. Según el enfoque etológico de la agresión: a) ésta forma parte de las relaciones sociales, muchas veces coordinada con la conducta afiliativa o prosocial; y b) la agresividad no sólo tiene efectos perjudiciales para los individuos y para el grupo.

La Primatología actual considera a los individuos como parte de una red de relaciones sociales, donde los animales son capaces de reconocerse entre sí como individuos y de tener en cuenta toda la experiencia anterior de interacción positiva y negativa entre ellos. El estudio de Waal (1989a) pone de manifiesto la capacidad de los primates para reconocerse como individuos y para tener en cuenta sus experiencias mutuas anteriores.

Los análisis de los sociobiólogos de la competición, basados en la relación coste/beneficio, prestaban atención a los riesgos físicos de la lucha para el individuo. Mientras que los análisis de los etólogos y primatólogos empiezan a tener en cuenta los costes sociales de la competición.

Los etólogos consideran la agresión como una forma en que los conflictos de intereses son expresados y resueltos, y admiten la posibilidad de que su impacto en futuras relaciones sea desde perjudicial hasta beneficioso. El conflicto es un componente perfectamente integrado en las relaciones cooperativas de los miembros de un grupo y, por tanto, no tiene sentido la dicotomía entre conducta agresiva y socialmente positiva o prosocial como incompatibles; las consecuencias positivas de un acto agresivo pueden ser más llamativas que las negativas.

Esta teoría concluye que las conductas agresivas son demasiado transcurturalas y semejantes a las que se observan en todo el reino animal.

Los etólogos emplean los resultados de sus estudios sobre agresión en primates no humanos para construir y poner a prueba modelos conceptuales. Por ejemplo, los resultados de un estudio que relaciona la variabilidad de la relaciones de dominancia de los macacos con la distribución de los recursos podrían ser aplicables a la conducta de los niños no porque éstos posean una "psicología de macaco" o un "repertorio de conductas de macaco", sino porque podría haber una relación más abstracta entre la distribución de recursos y las tácticas sociales empleadas para obtenerlos.

El conocimiento sobre cómo han evolucionado las conductas es una base a partir de la cual se puede intentar manipular el ambiente para regular el comportamiento.

3. DETERMINANTES SOCIALES DE LA AGRESIVIDAD

Además de todas las teorías expuestas que tratan de explicar los orígenes del comportamiento agresivo, existe una serie de condicionantes sociales que pueden originar la conducta agresiva o aumentar su intensidad.

3.1 La provocación directa

La agresividad puede ser el resultado de una provocación física o verbal por parte de otra persona. Los resultados de diversas investigaciones nos indican que tendemos a corresponder devolviendo tanta agresividad como hemos recibido —o un poco más—, especialmente si tenemos la certeza de que la otra persona tenía intención de hacernos daño (Dengerink, Schneider & Covey, 1978; Ohbuchi & Ogura, 1984). El hecho de que a menudo correspondemos con más agresividad que la recibida explica por qué la agresividad constituye a menudo una espiral ascendente desde insultos moderados a otros más fuertes, o de empujones a golpes, puñetazos o cosas peores. Los insultos han sido el tipo de provocación más utilizada en la investigación de laboratorio para elicitar enojo.

Los resultados del estudio de Harris (1993) indican que: 1) Tanto para los chicos como para las chicas las agresiones físicas y verbales eran las más provocativas. 2) Las mujeres aportaron una mayor tendencia a enfadarse que los hombres en acciones condescendientes en las que la otra persona mostraba arrogancia o sugería que era superior. 3) Las mujeres se enfadaban más que los hombres en acciones en las que otra persona resultaba herida, y en acciones que implicaban falta de sensibilidad, es decir, situaciones en las que sus sentimientos eran ignorados por otras personas. En resumen, los hombres y las mujeres diferían en cuanto a las formas específicas de provocación que encontraban más enojantes. Según Harris, estas diferencias reflejan estereotipos en función del género. Estos estereotipos sugieren que las mujeres deberían ser amables, cuidadosas y sensibles a los sentimientos de los demás.

3.2 Evaluación negativa

Se ha mostrado que el ser evaluado por uno mismo no aumenta la agresión. Sin embargo, cuando la evaluación parece arbitraria, severa o negativa, los comportamientos de enojo y agresión aumentan (Donnerstein & Wilson, 1976; Geen & O'Neal, 1969).

Los resultados de la investigación indican que la intención percibida de la persona que hace la evaluación puede ser el principal determinante de si el enojo es evocado. Si la acciones del evaluador son percibidas como justas, se producirá poco enojo. Si las acciones del evaluador son percibidas como arbitrarias e injustas, o severas, los participantes se enojan y comportan agresivamente. Ejemplo: los participantes perciben al evaluador como deliberadamente provocativo. En tales circunstancias los seres humanos están inclinados a vengarse y evalúan al evaluador severamente o más severamente de lo que ellos fueron evaluados.

3.3 La Agresión como control

En general, se sugiere que los seres humanos recurrirán a la agresión física si otros métodos de control fracasan. Además, la agresión física puede ser vista como un último recurso. Hans Toch (1969) ha señalado que la violencia criminal a menudo es producto de la **falta de habilidades sociales básicas** que le permitirían controlar a la gente y a los acontecimientos del entorno. Toch cree que el criminal tiende a utilizar la fuerza como una manera de compensar sus habilidades sociales poco desarrolladas e inmaduras, y necesita aprender las habilidades sociales apropiadas para controlar los acontecimientos del alrededor.

De hecho, la literatura sobre la violencia hombre-mujer indica que la violencia hacia las mujeres refleja una **necesidad por parte de los hombres de controlar a éstas**. Aunque ciertos estudios han encontrado que en algunas situaciones las **mujeres pueden ser más agresivas y violentas que los hombres** (Bagly & Steffen, 1986); sin embargo, debido a la fuerza del hombre, son las mujeres las que en esos intercambios violentos a menudo sufren el mayor perjuicio físico y tienen la mayor probabilidad de necesitar protección.

Por otra parte, hombres y mujeres que son violentos con sus hijos en nuestra sociedad (Reid, 1983), muestran violencia hacia las minorías y personas con diferentes orientaciones sexuales. Se ha sugerido que **la gente en nuestra sociedad ha sido socializada para creer que ellos tienen el derecho de involucrarse en violencia para controlar tales minorías**.

Se ha sugerido que los intentos de controlar a los otros a través de medios violentos puede a menudo ser entendido en términos de la **relación entre el poder y el control** (Walker, 1989): la percepción de tener poder es la que da a la gente la idea de que ellos tienen el derecho de controlar y excluir a los otros, incluso hasta el punto de usar medios violentos. De acuerdo a la

Teoría del control psicológico, la amenaza de que uno está perdiendo el poder (control) y la ausencia de habilidades para controlar el comportamiento de sus hijos, esposa o esposo, etc., a través de medios más aceptados socialmente, les conduce a recurrir a la violencia o abuso físico. El **ganar poder** se ha convertido en la meta de todos los que desean escapar de la violencia que es perpetrada en ellos por otras personas. A menudo este intento de ganar poder desencadena actos de violencia. Según los autores que siguen esta teoría, es necesario demostrar a la gente que cuando un grupo gana poder no significa necesariamente que otros perderán su poder.

3.4 Activación excesiva

Bajo algunas condiciones, los aumentos de excitación, sea cual sea su origen, pueden aumentar la agresividad en respuesta a la frustración o a la provocación.

En esta línea, la Teoría de la transferencia de excitación apunta a que la excitación psicológica, sea cual sea su causa, tiende a disiparse con el tiempo. Así, una parte de esa excitación puede persistir cuando la persona pasa de una situación a otra. Sugiere que estos efectos tienen más posibilidades de ocurrir cuando las personas involucradas no son conscientes de la presencia de esa excitación residual, lo cual es muy común, ya que los pequeños síntomas de excitación son difíciles de percibir (Zillmann, 1988, 1994). Añade que dichos efectos tienen más probabilidades de aparecer cuando los individuos reconocen esa excitación residual pero la atribuyen a hechos que ocurren en ese mismo momento (Taylor *et al.*, 1991).

Existe una compleja interacción entre la emoción, cognición y agresividad. Los pensamientos nos llevan a reevaluar acontecimientos que provocan emoción. Asimismo, la nueva información de una situación puede llevar a reconsiderarla y esta actividad cognitiva, a su vez, puede influenciar tus reacciones emocionales para bien (Zillmann, 1994; Zillmann & Cantor, 1976). La excitación emocional a veces produce **déficit cognitivo** (Zillmann, 1994), es decir, una menor capacidad de formular planes de actuación racionales o de evaluar las posibles consecuencias de diversos comportamientos; restablecer el control cognitivo del comportamiento puede resultar muy efectivo a la hora de reducir la violencia interpersonal (Zillmann, 1993).

3.5 Excitación sexual y agresividad

En primer lugar, parece ser que **los niveles bajos de excitación sexual pueden reducir la agresividad**. Los estudios de Baron (1974, 1979) y Ramírez,

Bryant & Zillmann (1983) señalan que los individuos expuestos a los desmoldos (estímulos de excitación "leves") mostraban menores niveles de agresividad que los expuestos a los estímulos neutrales. Sin embargo, en los estudios en los que los sujetos eran expuestos a un material que despertaba más la excitación sexual (Jaffe *et al.*, 1974; Zillmann, 1984), esta excitación incrementó la agresividad más que la redujo. Por tanto, **relación entre excitación sexual y agresividad es de naturaleza curvilínea.**

El modelo de los dos componentes (Zillmann, 1984) considera que la exposición a estímulos eróticos produce **dos efectos**: incrementa la excitación e influye en el estado afectivo del momento —sentimientos negativos y positivos—. Entonces, el hecho de que la excitación sexual incrementa o reduce la agresividad dependerá de las pautas generales de estos efectos. El material erótico leve genera niveles de excitación bajos pero altos niveles de efecto positivo. En consecuencia, la exposición a estos materiales tiende a reducir la agresividad. Por contra, el material erótico explícito genera mayores niveles de excitación, pero también efectos negativos, porque mucha gente cree que las imágenes que se muestran son inquietantes e incluso repulsivas. Así, este tipo de material incrementa la agresividad. Los resultados de diversos estudios apoyan esta teoría de los dos factores (Ramírez, Bryant & Zillmann, 1983), ya que ofrece la posibilidad de entender la relación entre la excitación sexual y la agresividad.

3.6 Celos y agresividad

Los celos sexuales o percepción de una amenaza a una relación romántica por la aparición de un/a rival pueden ser una poderosa causa de agresividad; la mayor parte de culpa y enfado suele recaer en la pareja más que en el rival (Paul, Foss & Galloway, 1993); las mujeres se enfadan más, tanto con sus parejas como con las rivales, que los hombres (Paul *et al.*, 1993) y tienen más probabilidades de reaccionar agresivamente ante estas infidelidades.

Según la *psicología evolutiva*, debajo de los celos sexuales masculinos y femeninos encontramos diferentes fuerzas biológicas: 1) En el caso de las mujeres, estos celos se centran, fundamentalmente, en la pérdida potencial de recursos necesarios para la crianza. 2) En el caso de los hombres, los celos sexuales se centran básicamente en una preocupación acerca de la paternidad. Sin embargo, la llegada de los anticonceptivos efectivos ha reducido la posibilidad de que las mujeres queden embarazadas de otros individuos. En consecuencia, según Weerth y Kalma (1993), ahora los hombres tienen menos

razones para reaccionar agresivamente a los celos. No obstante, en el caso de las mujeres, los motivos de esas reacciones no han cambiado. Dado que los hombres, en general, son más fuertes físicamente que las mujeres, las reacciones agresivas de las mujeres suelen ser menos serias que las de los hombres. Otra explicación se centra en el hecho de que las normas sugieren que los hombres no deben agredir a sus mujeres aún y cuando éstas las provoquen.

3.7 Exposición a la violencia en los medios de comunicación

Los resultados de los estudios son poco consistentes pero, conjuntamente, señalan la siguiente **conclusión: la exposición a la violencia de los medios de comunicación puede ser un factor que contribuya a aumentar los niveles de violencia en EE.UU. y en cualquier otro lugar.**

Los resultados de los experimentos de laboratorio a corto plazo indican que incluso los más pequeños pueden aprender nuevas maneras de agredir a los demás al exponerse a la violencia de los medios de comunicación, y la exposición a ese material puede incrementar su tendencia a poner esos comportamientos en práctica (Bandura, Ross & Ross, 1963; Green, 1990).

Por otra parte, los resultados de los estudios basados en la observación estadística indican que estos factores están positivamente correlacionados: cuantos más programas violentos ven, más agresivo tiende a ser su comportamiento (Huesmann & Miller, 1994; Bachrach, 1986; Huesmann & Eron, 1986; Leyens *et al.*, 1975).

Las pruebas más convincentes del vínculo entre la exposición a la violencia de los medios de comunicación y la agresividad las ofrecen las investigaciones a largo plazo (longitudinales) (Huesmann & Eron, 1984, 1986). Estos resultados se han reproducido en otros estudios a largo plazo llevados a cabo en distintos países —Australia, Finlandia, Israel, Polonia y África del Sur (Botha, 1990; Huesmann & Eron, 1986). En todos ellos, cuanto más violencia televisiva presenciaban los participantes mayores eran sus posteriores niveles de agresividad. Además, los resultados se obtuvieron tanto para mujeres como para hombres.

La limitación de estos estudios es su naturaleza correlacional ya que el hecho de que dos variables estén correlacionadas no implica que una cause la otra. Además, cuando todos los tipos de pruebas son tomados en cuenta y los resultados de estos estudios son sometidos a meta-análisis, los resultados señalan la siguiente **conclusión**: la exposición a la violencia de los medios de comunicación puede contribuir, junto con muchos otros factores, a fomentar la agresividad.

3.8 Psicología social aplicada. ¿Pornografía violenta como causa de violación?

Los resultados de los experimentos de laboratorio a corto plazo indican que la exposición a pornografía violenta fomenta insensibilidad ante la violencia sexual tanto entre hombres como entre mujeres—por ejemplo, una tendencia a percibir la violación como menos severa y a mostrar menos comprensión hacia las víctimas. Además, la exposición a este tipo de material ejerce un *efecto insensibilizador*, y cuanta más violencia ven en las películas, menos negativamente reaccionan ante ésta. Estos hallazgos sugieren que la exposición a escenas de violencia contra mujeres puede provocar efectos adversos a sus espectadores, volviéndoles insensibles a la violencia sexual y—en el caso de los hombres—aumentando su deseo de actuar como este modelo (Linz, Donnerstein & Penrod, 1988).

El estudio de Baxter *et al.*, (1984) sugiere que sólo una pequeña proporción del contenido de revistas pornográficas, películas y cintas contiene acciones violentas; sólo entre el 4% y el 7% del material pornográfico incluye escenas agresivas en las que se hiere a los personajes; y sólo el 0,4% de estas cintas y películas muestran reacciones negativas por parte de las mujeres que aparecen frente a las acciones que se llevan a cabo (Palys, 1984).

Kutchinsky (1991) consideró que si la pornografía está relacionada con las violaciones, entonces este tipo de crímenes deberían haber aumentado una vez legalizado este material, al que se puede acceder fácilmente. Según el estudio sobre pornografía y violaciones en Estados Unidos, Dinamarca, Suecia y Alemania, sólo aumentaron las violaciones en los EE.UU., y reflejaron un aumento muy similar al de otros tipos de delitos. Por tanto, estos resultados sugieren que la facilidad de acceso a la pornografía no contribuye a incrementar las violaciones. No obstante, como la naturaleza de esta investigación es correlacional, no podemos descartar la posibilidad de que otros factores, no incluidos en el análisis, escondan efectos adversos de la pornografía. Según Kutchinsky (1991), el hecho de que en los EE.UU. se incrementasen las violaciones y otros crímenes apoya la idea de que la violación es, fundamentalmente, un acto de violencia no de excitación sexual. Si esto es así quizá deberíamos preocuparnos más de los posibles efectos de las películas y programas de televisión que contienen escenas de violencia explícita que de los efectos de los materiales que representan comportamientos sexuales violentos.

4. CAUSAS PERSONALES DE AGRESIVIDAD

Por último, existe una serie de causas personales que pueden dar lugar a comportamientos agresivos y que a continuación describiremos.

4.1 El Patrón de conducta tipo A

Las personas del Patrón de conducta tipo A se caracterizan por (1) ser extremadamente competitivas, (2) siempre tienen prisa, y (3) especialmente irritables o agresivas. Las personas del Patrón de conducta tipo B se caracterizan por (1) no ser muy competitivas, (2) no van siempre a contrarreloj, y (3) no pierden fácilmente los estribos.

Los resultados de diversos experimentos (1) corroboran el hecho que en muchas situaciones el Tipo A tiende a ser más agresivo que el B (Baron, Russell & Arms, 1985; Carver & Glass, 1978), (2) indican que dos características personales distintas—el Patrón de conducta tipo A y el nivel de testosterona—juegan un papel determinante en el comportamiento agresivo; de hecho, los participantes del Tipo A que tenían un alto nivel de testosterona, daban las descargas más altas a sus oponentes (Berman, Glau-de & Taylor, 1993).

Los individuos Tipo A tienen más posibilidades que los individuos Tipo B de desarrollar una *agresividad hostil*—agresividad cuyo principal objetivo es producir algún tipo de daño a la víctima (Strube *et al.*, 1984). En cambio, los individuos Tipo A tienen menos probabilidad de desarrollar una *agresividad instrumental* o agresividad cuyo principal objetivo no es dañar a la víctima sino alcanzar sus objetivos.

4.2 Locus de Control: Interno y Externo

En función del locus de control, existen autores que dividen a las personas en dos tipos (Julian B. Rotter, 1972): internos y externos que difieren en sus creencias sobre su habilidad para controlar sus destinos. Los **internos** sienten que pueden influenciar los acontecimientos de su entorno. Los **externos** se sienten impotentes para hacer eso. Por tanto, los internos tienen más probabilidades que los externos de involucrarse en agresión instrumental (para alcanzar alguna meta o superar una barrera) ya que los internos tienen una fuerte creencia de que ellos pueden controlar los acontecimientos en sus vidas.

En el experimento de Dengerink *et al.* (1975, 1978) se mostró que los internos eran mucho más sensitivos al comportamiento de sus parejas que los externos, razón por la cual los externos tienen menos probabilidades de animar la agresión: han generalizado la creencia de que sus comportamientos no tendrán ningún efecto en las personas o acontecimientos del entorno; según Rotter, sienten que ellos son ineficaces y como resultado simplemente aceptan el severo tratamiento porque creen que no disponen de habilidades para controlarlo. Además, las personas a menudo pueden parar la agresión aumentando el ataque, aunque hay ciertas personas (externos) que no responden a esta manera adaptativa.

4.3 Percibir malicia en las intenciones de los demás: sesgo atribucional hostil

Las atribuciones sobre el comportamiento de los demás (las interpretaciones de por qué la gente actúa como actúa) juegan un papel importante en el desarrollo de la agresividad. Sin embargo, interpretar las acciones de los demás no es tarea fácil: su comportamiento es ambiguo y no podemos determinar si tenían intención de hacernos daño o no. En estos casos, el factor **sesgo atribucional hostil**, es decir, la tendencia a percibir intenciones o motivos hostiles en las acciones de los demás si éstas son ambiguas (Dodge *et al.*, 1986), adquiere relevancia.

El estudio de Dodge y Coie (1987) indicó que a mayor tendencia a manifestar intenciones hostiles, mayor era la probabilidad de comportarse agresivamente. El estudio de Dodge y Coie (1990) confirmó que las tendencias hostiles atribuibles estaban relacionadas con el número de crímenes que habían cometido los chicos, así como con las evaluaciones de observadores de las tendencias de los prisioneros a responder agresivamente a las provocaciones de los demás.

4.4 Irritabilidad, rumiación y las "cinco grandes" dimensiones de la personalidad

Los rasgos relacionados con la agresividad (Caprara *et al.*, 1986, 1987, 1994) son: la **irritabilidad** (tendencia a reaccionar impulsiva o buscamente incluso ante pequeñas provocaciones), la **reactividad emocional** (tendencia a reaccionar de forma exagerada ante la frustración) y la **rumiación** (tendencia a pensar en las provocaciones y buscar venganza).

Estas características, a su vez, están muy vinculadas a **dos aspectos de las "cinco grandes" dimensiones de la personalidad** (extroversión, amabilidad, aplicación, estabilidad emocional y apertura a la experiencia): **la cordialidad y la estabilidad emocional**. Las personas altamente irritables o reactivas emocionales tienden a caer en el extremo hostil de la dimensión cordialidad, y los que presentan una alta rumiación tienden a caer en el extremo inestable en la dimensión de estabilidad emocional.

Por tanto, la agresividad está relacionada con dos dimensiones básicas de la personalidad, las cuales guardan relación con otros muchos aspectos del comportamiento social. Además, estas dimensiones están relacionadas con nuestras propias experiencias con personas altamente agresivas: a menudo estas personas parecen ser desagradables, sospechosas y hostiles, así como propensas a reaccionar emocionalmente, e inestables.

5. CONCLUSIÓN

La agresividad humana no nace de una única causa fundamental, como es la frustración, sino que está influenciada por muchos factores sociales, incluyendo las provocaciones de los demás, la exposición a modelos de agresividad, la desindividuación, la excitación y los celos sexuales, los escenarios cognitivos, la interpretación de la situación y el estado de ánimo.

Por tanto, todos estos factores sociales juegan un papel importante en el aprendizaje de diversas formas de comportamiento social, como es el caso de la agresividad. A través del modelaje y de la observación e imitación, los sujetos van adquiriendo desde su infancia una serie de comportamientos agresivos. En este sentido, debemos hablar del denominado "ciclo de violencia" transmitida en muchas familias de generación en generación.

Por otra parte, además de los importantes factores sociales, no debemos olvidar que en algunos casos los factores biológicos pueden predisponer a los sujetos a comportarse de forma agresiva.

Por último, muchas características personales influyen en la agresividad: los Patrones de Conducta Tipo A, el locus de control, el sesgo atribucional hostil y los rasgos relacionados con las "cinco grandes" dimensiones de la personalidad. Estas características influyen en muchos otros aspectos del comportamiento social.

Ps. Luzoro: Agradeciendo la participación a la Dra. Cubillos, damos la palabra al colega Gissi.

Ps. Jorge Gissi

Buenos días. Gracias por la invitación a los compañeros de la Sociedad Chilena de Psicología Clínica; quiero hacer algunos planteamientos concretos y más bien simples.

Primero la relación entre violencia y estrés en términos de que el estrés tiende a ser una causa de violencia directa e indirecta, sutil o brutal, y a la vez de que la violencia ambiental tiende a aumentar el estrés, un círculo vicioso. Por otra parte el hecho de que efectivamente la violencia, la agresión, suele ser una reacción, una frustración, pero no es solamente eso.

En particular quiero hacer un par de observaciones muy rápidas sobre Santiago en primer lugar, y luego algo más nacional, a partir de esta primera introducción. Las observaciones sobre Santiago, sabemos todos que hay este fenómeno de la llamada contaminación, que tiene una serie de facetas las cuales quiero recordar simplemente en términos simples y luego hacer alcances sobre ellas. Por una parte y a modo de dato Santiago tiene una serie de crisis diagnosticadas en las metrópolis. Concretamente, por ejemplo, en los Estados Unidos hay diagnósticos de que la gente en las metrópolis tendía a ponerse más violenta desde los años 40. Aunque tales diagnósticos han sido politizados desde entonces hasta hoy. Con respecto a la percepción interna, en Francia la gente de diversas ciudades tiende a percibir y a concebir a los parisenses como pesados, y dentro de lo pesado, es que eran más violentos en diversas formas sutiles. En Argentina estudios del instituto Diezla revelan que la situación es análoga a la francesa. En las ciudades argentinas en general, incluso en las ciudades argentinas más grandes, fuera de Buenos Aires, se tiende a percibir a los bonaerenses como gente bastante insoportable, convergentemente por demás con las percepciones de otras naciones y que este síndrome metropolitano ciertamente tanto en París como en Buenos Aires de alguna manera debe existir desde principios de siglo. En nuestro país no hay estudios (que yo sepa), pero la hipótesis y la impresión empírica ocasional que tengo es que también hay una creciente percepción de la gente de las ciudades, de nuestro país, de los santiaguinos como personas raras, más o menos desajustadas en términos psicosociales. Y nosotros mismos, aquellos que somos santiaguinos, podríamos estar relativamente de acuerdo con tal percepción.

Respecto a los problemas de las metrópolis, uno de ellos es la contaminación química que tiene por lo menos dos efectos inmediatos demostrados. Uno es el de la morbilidad particularmente respiratoria, epidémica particularmente en niños pequeños y ancianos, en este sentido esta morbilidad epidémica es evidentemente una amenaza empírica y concreta sobre la población, no sólo

médica sino también económica y psicológica. El otro efecto más genérico de la contaminación química es el de la fatigabilidad general, llamado estrés, entre otras cosas. A esto tenemos que añadirle la contaminación acústica, de la cual no conozco estudios nacionales, por tanto lo dejo mencionado.

A ello tenemos que añadir la contaminación espacial. El tema de la contaminación espacial en Santiago es análogo también a otras metrópolis, por un lado también inteligible en términos de la violación del espacio personal de la gente en diversos ámbitos y situaciones, el cual se ha demostrado experimentalmente que provoca irritabilidad, angustia, tensión y agresiones en diversas formas. Pero además del aspecto personal físico inmediato, cotidiano, el problema del espacio en Santiago está muy ligado con el tema del circuito dentro de la ciudad y por lo tanto con el problema del espacio tiempo y de la baja autonomía respecto al uso del tiempo que tenemos las personas, éste es el punto central. Este efecto que podríamos llamar de contaminación espacial general o contaminación de las calles, tiende a provocar análogamente a los otros problemas aludidos un sentimiento de incontrolabilidad relativos a la vida cotidiana de la ciudad. Particularmente, por ejemplo, la alusión que hacía nuestra colega del país vasco, que no es posible planificar de manera mediamamente funcional los tiempos de viajes de un punto a otro, cualquiera sean y que ello se relaciona intelectualmente, como sabemos, con el modelo de controlabilidad al cual se ha hecho alusión antes, u otros modelos de controlabilidad y por tanto con un sentimiento de relativa incontrolabilidad de la circulación por la ciudad misma.

El otro nexos que podríamos hacer aquí es que esta misma vivencia de incontrolabilidad se vincula también con el sentimiento de pérdida de eficacia o autoeficacia en términos de Bandura. El síndrome éste de pesados, de santiaguinos igual de pesados, en términos psicoterapéuticos quisiera hacer una alusión o una traducción del tema de la violencia, minimizándolo y en términos a la vez psicoterapéuticos sociolingüísticos meramente una alusión rápida. Las personas suelen autodescribirse cuando tienen problemas de violencia familiar —y se tienen normalmente como sabemos— como propiamente pesados, otros como algunas señoras se quejan de que sus maridos se ponen mañositos particularmente cuando se demoran más en el viaje, lo cual ocurre casi todos los días. Entonces el reemplazar violento-agresivo por pesado, tal parece que podría ser una norma de higiene mental. Pero mañosito o mañosita eventualmente nos ponemos de mal genio y también el mal genio parece ser mas aceptable psicosocialmente que ser violento. Y cuando uno se pone más irascible podríamos estar más 'picados' o mas 'picotas' que de costumbre. El hecho de que uno ande picado es otra manera también higiénica de decir que uno anda peligroso, digamos en términos, más tanáticos o

más destructivos y que por lo tanto no hay que preocuparse demasiado cuando uno se demora 30 minutos más, porque en realidad la norma de higiene mental para Santiago sería simplemente 30 minutos más de lo que se supone que uno debería demorarse, digamos, para no alterarse tanto.

Segundo: después de estas cosas, aparentemente tan simples e inocuas pero que creo debemos recordarlas en gran medida, porque el Estado no asume al respecto las tareas mínimas de prevención. De hecho hay una conciencia explícita de la contaminación química, pero no hay igualmente conciencia explícita de los efectos psiquiátricos masivos que tienen las formas de contaminación no químicas a que acabamos de aludir que son, sin embargo, círculos viciosos por la química y que son claramente distintos a la química. Por otro lado el tema de la ciudad puesto así provoca aislamiento. Eso está demostrado en todas las metrópolis como tendencia, porque el espacio tiempo se altera en los viajes, de manera que la gente termina por encerrarse más en sus casas y transformar el uso libre, iluminista, digamos, de la ciudad interesante, en una circulación casa-trabajo, trabajo-casa, casa-trabajo, trabajo-casa y que el resto de la ciudad queda como un fondo fundamentalmente de fuente de frustraciones y eso hace particularmente paradójica a las metrópolis, porque las transforma en lo contrario de lo que han sido antes o han prometido históricamente, en el caso santiaguino y nacional, es importante, como opuestas a las provincias. En que la palabra provinciano siempre ha tenido una connotación peyorativa en la historia de América Latina, siendo una hipótesis al respecto ahora que probablemente debamos invertir las connotaciones peyorativas de tales términos.

El asunto es que consta que en las metrópolis la gente siente tener menos tiempo libre y que de hecho lo tiene, porque el problema del espacio afecta directamente al tiempo, y el problema del tiempo inmediatamente se relaciona con las frustraciones de necesidades básicas, esto es por el aislamiento espacio psicológico. Y por tanto, con la disminución de relaciones tanto con familia o familia extensa o con las familias de orígenes, tanto con amigos, tanto con grupos de instituciones con los cuales la gente tiene distintos tipos de vínculo o tuvo alguna vez hace años o décadas distintos tipos de vínculo. Por tanto, el problema espacio-temporal tiende a encerrar a la gente en sus casas, lo cual aumenta la frustración, por supuesto en múltiples sentidos del término, y esto aumenta recíprocamente la vulnerabilidad a la violencia, entre otras posibles reacciones a la frustración.

El tema del aislamiento implica más, y aquí añadimos otro factor que es macrocultural, que es conocido, cuando la cultura santiaguina y en cierta medida nuestra cultura nacional toma características diagnósticas en la cultura occidental contemporánea en general. Como todos sabemos y como fue

observado por Karen Horney en el libro "La personalidad neurótica de nuestro tiempo", un libro clásico, muy interesante al respecto, y después desarrollado ampliamente por Fromm probablemente más que por otros, hay un círculo vicioso en la cultura santiaguina análogo a gran parte de la cultura moderna urbana que opera en términos de individualismo, aislamiento, competencia, frustración, aumento del individualismo, aumento del aislamiento, aumento de la frustración, aumento de la competitividad. Y en este caso diversas formas de la competitividad cotidiana son más o menos violentas, verbal o no verbalmente, y desde luego en este sentido la violencia química aparece como una característica cotidiana más o menos normal, digamos, en la interacción cotidiana de gran cantidad de gente y ese síndrome es claramente un problema sociocultural que trasciende a nosotros pero que nos influye.

De manera que aquí hay una tesis ecológica con implicaciones ecopsicológicas y con implicaciones eco-culturales-económicas. Esta cosa es a la vez retroalimentada por la cultura y por el tema de la frustración, en que la frustración de las necesidades básicas, algunas de las más importantes, sigue siendo hoy como hace largo tiempo en los diagnósticos convergentes, la necesidad de dar-recibir afecto por una parte, la de autoestima o identidad por otra. Ambas socavadas y subordinadas a mayor frustración de la necesidad de dar-recibir afecto igual aislamiento-individualismo, mayor necesidad o vulnerabilidad y mayor hipersensibilidad a la dependencia de afecto externo; más cotidiano, más superficial, y más compensatorio, lo cual provoca los mecanismos regresivos que también están demostrados estadísticamente en Santiago.

Por una parte, regresiones compensatorias narcisísticas de tipo oral, comer en el día cantidades de pasteles, queques, galletas, etc., con los derivados médicos-sociales ya demostrados. Por otra parte narcisísticos en general, no sólo ése, sino que de otro tipo también, lo cual está ligado evidentemente con la publicidad y el famoso tema del consumo. En este sentido, estos problemas claramente parten de lo que los filósofos recientemente han llamado crisis de la modernidad, pero que están claramente diagnosticados hace 50 años, por lo menos.

Por último, hay otros problemas que afectan en parte a Santiago, en parte a todo el país y desde luego en parte a América Latina. Aquí quiero hacer sólo dos o tres alcances. Uno de ellos es el hecho de que la violencia familiar, como todos sabemos, es un problema en parte endémico y en parte epidémico, no sólo latinoamericano, pero hemos descubierto crecientemente que es un problema grave, mucho más de lo que suponíamos y que también es un problema grave nacional. También hemos descubierto recientemente que es un problema más policlasista de lo que suponíamos hace poco, y también se ha descubierto en lo últimos estudios que la violencia familiar no es sólo de

hombres a mujeres, sino que es también de padres a hijos. Diversos estudios han observado que en realidad las madres castigan más frecuentemente, tanto en términos físicos como en términos emocionales o psicológicos, lo cual no tiene nada de raro por la división del trabajo que existe.

El nexa latinoamericano, aquí puedo hacer un rápido alcance histórico, tiene que ver por una parte con la tesis de Octavio Paz en el "Laberinto de la Soledad", en términos de que la violencia de la conquistista implicó una violencia sexual. Esto es, implicó violaciones masivas de mujeres en todos los lugares o sea, en grandes culturas precolumbinas, lo cual de alguna manera quedó ligado en términos de lo que algunos han llamado tanatización de la sexualidad o una sobresaturación de elementos agresivos dentro de la conducta sexual.

Ello se relaciona en alguno de nuestros países, y también en Chile, con la connotación que suelen tener los términos populares respecto a las relaciones sexuales, que suelen tener elementos más o menos tanáticos frecuentemente explícitos, el folklóre de los colegios de enseñanza media, en particular es muy claro, y de allí, repito, la relación genitalidad-violencia-semiviolación, etc., suele ser manifiesta. No quiero decir por supuesto que la conquista sea la causa, pero sí que es un factor mediato, remoto, con implicaciones histórico-culturales relevantes. Sin embargo, es una causa de las culturas autoritarias, dentro de las familias, y también resulta que tenemos una correlación importante entre autoritarismo familiar y violencia, tanto de violencia padres-hijos, como de violencia hombre-mujer, y en este sentido el autoritarismo familiar es endémico en toda América Latina y también en nuestro país.

Por otra parte quiero hacer un nexa respecto a la historia cultural y a los estudios recientes que había estado haciendo Ignacio Martín Baró, poco antes de que lo mataran y en todos los años precedentes. A Martín Baró le interesaba el problema de la violencia familiar y en relación con la alusión que hacía Héctor Betancourt antes al tema de la violencia política en El Salvador y en general en Centro América. Ignacio pensaba que la violencia política de alguna manera se tenía que relacionar en El Salvador con la violencia religiosa de la colonización, y con la violencia familiar. Él pensaba que la colonización había implicado violencia religiosa, lo cual alcanzó a aludir apenas en algún artículo sobre psicología religiosa y quería estudiar más el punto. Lo comentamos cuando él estuvo acá la última vez, poco antes de que lo mataran, que el tema de la violencia religiosa tenía que ver evidentemente con la conquista propiamente tal y con el énfasis en lo que él pensaba era propiamente una violencia no sólo cultural sino psicológica, y de todos los mitos de las culturas autóctonas, ligado con el factor amenaza-castigo-sentimientos de culpa de una parte de la cultura religiosa que se transmitía. Lo que pensaba

Ignacio era que tenía que haber una relación entre violencia política derivada de la conquista-colonia, violencia religiosa derivada también de la colonización como una forma de cultura precristiana o extracristiana, y violencia familiar en términos de educación cotidiana, y de las formas de autoridad legítimas en la vida cotidiana.

El hecho es que estas observaciones se relacionan con algunos de los datos nacionales que son muchos ya, incentivados por SERNAM, etc., entre los cuales sólo voy a mencionar uno o dos, para terminar por ahora, y que se refieren a que los castigos físicos, como decíamos antes, están seminegligidos en gran parte de la cultura nuestra. Por ejemplo en Santiago, en uno de los estudios hay un 25% de mujeres que han sido golpeadas mensualmente, según acusaciones de ellas, golpeadas por lo menos alguna vez en el mes. Y en estudios semejantes un 33% de los niños también han sido golpeados. En un estudio del Sur, se alude a que concretamente el gritar con rabia a un niño o niña ha sido reconocido por un 65% de mujeres encuestadas con muestras al azar en Santiago, y por un 43% de hombres, o sea, ha sido observado como una conducta estadísticamente predominante, especialmente en las mujeres. El golpear al niño por lo menos ocasionalmente ha sido contestado con aprobación por un 25% de mujeres y por un 10% de hombres, y el golpear al niño con correas o con palos ha sido contestado afirmativamente por sólo un 4% de mujeres y por sólo un 1,4% de hombres, como una forma de violencia ya más bien eventualmente peligrosa. Hay otras muchas cifras al respecto que vamos a excluir, salvo en la referencia de que los hombres reconocen en una muestra de una de las investigaciones, que han gritado a su pareja en el último período con violencia en un 56%, o sea, más de la mitad de los hombres; y las mujeres reconocen que han sido gritadas por sus parejas en un 64%, y eventualmente como una forma de solución de un conflicto cotidiano. Creo que eso pone algunos puntos en la posible discusión que tiene facetas diversas, como se ha observado antes.

En un estudio del Sur, con muestras al azar en Santiago, se alude a que concretamente el gritar con rabia a un niño o niña ha sido reconocido por un 65% de mujeres encuestadas y por un 43% de hombres. O sea, ha sido observado como una conducta estadísticamente predominante especialmente en las mujeres.

Creo que eso pone algunos puntos en la posible discusión que tiene facetas diversas.

Ps. Luzoro: Muchas gracias Jorge, ahora voy dejar con la palabra a Héctor.

Ps. Héctor Belancourt

Solamente voy a puntualizar algunos aspectos dirigidos a lo que me imagino es el interés de la mayoría clínica de la audiencia que tenemos hoy día; por lo tanto, voy a tratar algunos aspectos ilustrativos que pueden estar dando alguna idea de posibilidades de intervención, es decir de solución. De acción, que generalmente es de más interés de profesionales clínicos que de los académicos que pasan mucho tiempo en la torre de marfil.

Por ejemplo, todos hemos mencionado directa o indirectamente aspectos como la frustración, el estrés, y todos conocemos todas estas teorías de la frustración-agresión. Los estudios más recientes no solamente del grupo nuestro de investigación en teorías de atribución con Winner y demás asociados, sino que con una serie de otras personas, tienden a enfatizar lo que ya Bandura había dicho hace mucho tiempo y también otra gente, que el problema de la frustración pasa por elementos cognitivos importantes, la interpretación, las inferencias que hacemos, etc. Pero quiero puntualizar en cuanto a este aspecto algo práctico: los últimos estudios, por ejemplo, de Degge y Kiric en Vanderbilt University en Tennessee, muestran que los niños agresivos sistemáticamente tienden a percibir intencionalidad donde los niños no agresivos no la ven. En situaciones ambiguas, situaciones críticas de conflicto, situaciones que no necesariamente son instigadoras, provocadoras, pero que implican un grado de frustración, estos niños ven intencionalidad. Sandra Grant en Los Ángeles tomó una serie de niños de distinto origen cultural, étnico, en escuelas de niños de alto riesgo y encontró lo mismo. Que en la realidad estos niños mostraban una percepción de intencionalidad exagerada, controlabilidad, y otros factores que en el mismo grupo nosotros vemos en relación a la respuesta violenta.

Pero ella fue más allá, tomó a las madres de esos niños. En primer lugar encontré que gran parte de estos niños —por ello tomé a las madres— eran chicos que vivían solamente con las madres. Hay otros factores, demográficos, de la realidad de la población negra pobre de Estados Unidos, que explican un poco eso. Pero en el fondo al tomar a las madres encontré que éstas mostraban una percepción y una atribución exagerada de intencionalidad respecto a las conductas de los niños que otras madres no encontraban como intencional. La pregunta va más allá entonces ¿por qué estas madres ven intencionalidad en las conductas de los niños que otras madres no ven? Y por supuesto en su gran mayoría, de una manera muy significativa, se ve que éstas eran madres abusadoras, que maltrataban y abusaban físicamente a sus niños.

Esa es un poco la idea del ciclo que se da acá. Pero la pregunta todavía surge en este momento ¿De dónde viene esta percepción distorsionada de

intencionalidad por parte de las madres maltratadoras? Y luego cuando se consideran los estudios de Lorán en comunidades, en distintas comunidades de Estados Unidos, fundamentalmente en el área metropolitana alrededor de Washington D.C., encuentran que la percepción distorsionada de intencionalidad, no estudia directamente esta variable, y el índice de maltrato infantil está relacionado con niveles de exposición a la violencia y a través de medios de comunicación por parte de esta comunidad. Estamos hablando de comunidades de alto riesgo, donde la violencia es una forma normal, rutinaria de resolver los conflictos y donde los niños están expuestos diariamente a incidentes y situaciones de violencia. Podría ser que la percepción de la violencia como algo natural, como la respuesta natural, en ese caso estuviera explicando la percepción distorsionada de intencionalidad, etc., pero la realidad es que ahí en este momento hay más preguntas que respuestas.

Un segundo punto que quiero mencionar, también tiene relación con esto de la cognición social. Varios estudios de investigación aplicada, realizados por clínicos en el estado de California, en el sur de California, en la zona alrededor de Los Ángeles, muestran que perpetradores de violencia intrafamiliar, es decir, fundamentalmente hombres que han abusado físicamente de las mujeres y parte de la consecuencias que acarrear, tienen que incorporarse a seminarios, tratamientos, no directamente psicológicos, pero este seminario está a cargo de psicólogos y hay todo un programa de rehabilitación.

Se ha demostrado claramente que cuando la rehabilitación implica una serie de factores culturales como mitos, creencias, respecto al por qué las mujeres hacen lo que hacen, cuál es el rol de los hombres, generalmente asociado con mitos muy comunes en la cultura machista, llevan a cambios importantes. Es decir, cuando se trabaja a ese nivel, no solamente tratando de modificar cierto tipo de creencias sino que además también cambiando, reestructurando el tipo de atribuciones y percepción de intencionalidad y controlabilidad, hay mucho más éxito que cuando no se incorporan esos elementos en estos programas. Es decir, ahí existe otra probabilidad de intervención exitosa y que está en el fondo comprobando lo de la teoría; y finalmente está toda esta cosa cultural relacionada con el estrés, por ejemplo, que Gissi mencionaba.

Los cambios que han ocurrido en Chile, aterrizando un poco en la realidad chilena, en lo económico, los estudios sobre colectivismo, individualismo, claramente muestran que sociedades individualistas tienden a niveles de violencia mucho más altos, tienden a niveles de crecimiento económico mucho más altos, pero también a niveles de violencia elevadísimos. Los estudios de los últimos años sobre Chile muestran que ha habido un tremendo cambio, de tal manera que Chile ya no aparece como hace 40 años, como una cultura,

como una sociedad colectivista sino como una sociedad altamente individualista a los niveles similares a EE.UU. Esos cambios culturales son bastante generales pero sería interesante investigar un poco cómo el individualismo y los cambios económicos están asociados con estrés. Y el estrés y la frustración asociados o interactuando con ciertas variables culturales específicas de la realidad chilena podrían estar explicando, si no el aumento, por lo menos la mantención de cierto tipo de conductas violentas a nivel intrafamiliar, comunitario o a nivel social.

Pero hay posibilidades de intervención. Lo más exitoso, en las intervenciones que se han hecho, se da en los niveles más tempranos, es decir en la escuela, en los jardines infantiles, cuando a los niños se les entrena en cómo resolver problemas y luego ese entrenamiento se transfiere a cómo resolver conflictos. Se les enseña habilidades específicas de cómo resolver conflictos, y cuando se les entrena no sólo en esto sino que a intervenir y mediar, cuando otras personas están en conflictos, los niveles de violencia en los colegios bajan significativamente. Es decir, ahí hay una vía de acción también que ha sido exitosa en términos de investigación aplicada. Se ha intervenido, se han comprobado algunos elementos teóricos, pero sobre todo hay bastante optimismo respecto a que la intervención temprana, tratando de evitar que los niños estén expuestos a una cultura de violencia, entrenarlos en la resolución de problemas, entrenarlos en resolución de conflictos, en habilidades para resolver conflictos, entrenarlos para mediar en situaciones de conflictos, ya tiene efectos significativos en las incidencias de la violencia por lo menos a ese nivel.

Solamente quería puntualizar algunos de estos elementos para aterrizar lo que habíamos planteado anteriormente y que el asunto no es tan pesimista. No hay tanto pesimismo, hay vías de acción a todos los niveles. Desde lo cultural hasta lo específicamente psicológico que pueden traer soluciones importantes dentro del contexto local y regional.

Gracias.

MESA REDONDA

Estrategias de Intervención desarrolladas en Chile

Ps. Ana María Haz, Dra. Laura Germain y Ps. Elias Escaff

Moderadora: Ps. María Inés Winkler

Ps. Ana María Haz

DESAFÍOS CONCERNIENTES AL DISEÑO DE ESTRATEGIAS DE INTERVENCIÓN DE MALTRATO INFANTIL

Introducción

El tema que a continuación se expone está referido a un análisis de los programas de intervención en el área de maltrato infantil desarrollados en Chile.

El desarrollo de este análisis quisieramos centrarlo en tres grandes aspectos que, a nuestro entender constituyen desafíos necesarios de abordar al trabajar en el diseño de los programas de intervención. Dichos aspectos corresponden a: (a) conceptualización del tema, (b) especificidad de la estrategia de intervención elegida, y (c) optimización de los programas de intervención.

1. Conceptualización

El maltrato infantil constituye un tema que ha sensibilizado a nuestro país. Parece no haber duda que constituye un tema necesario de abordar. "En los últimos años, la violencia intrafamiliar, entendida como todas las formas de violencia que se presentan en la familia, ha sido ampliamente reconocida como un problema social y de salud pública, de gran envergadura, tanto por sus devastadores efectos en la calidad de vida de cada uno de los integrantes de la familia que vive una relación de violencia, como por sus consecuencias en la sociedad" (MINSAL, 1998b).

El Ministerio de Salud define como maltrato infantil "la agresión física, emocional o sexual contra un niño (menor de 18 años) o la falta en proporcionar los cuidados necesarios para la expresión de su potencial de crecimiento y desarrollo, contando con los elementos mínimos para ello y que exceden los